



JUAN DOMINGO PERÓN Y LA REVOLUCIÓN CUBANA

**JAVIER IGLESIAS
JUAN CARLOS BENEDETTI**

NOTA PREVIA

El presente trabajo estudia uno de los aspectos menos conocidos de la historia del peronismo: la influencia que el pensamiento del general Perón tuvo sobre las fuerzas revolucionarias cubanas de las décadas del 40-50 y, en especial, sobre el joven Fidel Castro y su naciente movimiento insurreccional. En ese sentido, este escrito es el anticipo de uno más extenso que no sólo historiará ese influjo peronista sobre el castrismo, sino que, a la vez, analizará su complemento simétrico: la posterior gravitación del castrismo ya triunfante (1959) sobre el peronismo de la Resistencia y el exilio.

Si bien el tema de este trabajo puede parecer histórico, nuestro objetivo es, en lo esencial, político: queremos rescatar en toda su integridad revolucionaria, antioligárquica y antiimperialista a ese verdadero gigante libertario que fue el general Juan Domingo Perón, cuyo mensaje de Liberación trascendió y trasciende las fronteras argentinas para alcanzar dimensiones continentales y tercermundistas. Ese Perón, revolucionario histórico y real, nada tiene que ver con el triste león desdentado que nos pretenden vender los tráfugas liberal-menemistas al servicio de ese mismo imperialismo al que Perón combatió. Pero tampoco es el que fantasean ciertos neoperonistas “rosas” y social-democratizantes que, si bien critican la innegable traición menemista, coinciden finalmente con ella en el reaccionario intento de construcción de un pseudoperonismo pequeñoburgués, intelectualoide y amanerado; castrado de todo contenido y potencial nacionalista, obrero, popular, tercermundista y revolucionario.

Frente a liberales comisionistas, del Imperio, a reformistas de la eunuca centroizquierda cipaya, o a falsos “nacionalismos” antiperonistas y en nada populares, levantamos cada vez más la firme convicción en los valores revolucionarios del tercerismo anticolonial peronista. La bancarrota de las dictaduras burocráticas comunistas y el pase sin disimulos de la ex-URSS al bloque imperialista encabezado por los superbandidos yanquis, reafirma nuestras más claras tesis fundacionales: el único anticapitalismo posible es el representado por Movimientos Nacionales y Populares de Tercera Posición. Ya cayó el explotador sistema comunista, ahora hace falta derribar al aún más explotador sistema capitalista. Tan sólo la mitad del camino está hecha.

Recordar el mensaje revolucionario del general Perón, es, pues, reafirmar su vigencia práctica actual, de la misma forma que recordar la influencia peronista en la primera etapa de la Revolución casuista cubana nos permite entender

que, como ya escribiéramos hace más de un año atrás:

“El aislamiento de Cuba puede llevar a su reencuentro con la Patria Grande Latinoamericana, prescindiendo de las viejas fórmulas marxistas y adhiriendo de nuevo al nacionalismo revolucionario tercerista del castrismo inicial. El fin del Imperio comunista anticipa el derrumbe del Imperio capitalista. Cada Pueblo debe luchar por su Revolución Nacional al tiempo que se forjan lazos de unidad, solidaridad y organización mundial de todas las naciones oprimidas, contra los imperialismos, la injusticia y la reacción” (1).

INTRODUCCIÓN

El 26 de julio de 1953 el recién nacido castrismo surge por primera vez a la luz pública con el intento de toma del Cuartel Moncada; operación guerrillera cuyo fracaso sirve de pretexto para que el dictador Batista masacre a cerca de un centenar de combatientes revolucionarios o simples opositores. Hecho generalmente olvidado: para resguardarse de la cruenta represión son varios los guerrilleros fidelistas que se refugian en la Embajada de la Argentina Peronista. Ese sería el caso, por ejemplo, de Raúl Martínez Ararás y Antonio López, responsables del simultáneo asalto al Cuartel de Bayamo para impedir que su guarnición -unos 400 soldados- acudiera en defensa de los del Moncada (2).

En la Embajada Argentina en La Habana también encuentra refugio alguien sindicado por el diario oficialista “Alerta” del 27 de julio como uno de los dos responsables máximos de dicha operación. Nos referimos a José Pardo Liada, dirigente del mismo Partido del Pueblo Cubano “Ortodoxo” al que aún pertenecía Fidel Castro; futuro combatiente de Sierra Maestra y, a la vez, uno de los más claros simpatizantes del Peronismo en la isla del Caribe, autor incluso de diversas obras en defensa de la Tercera Posición Justicialista (3).

La evidente actitud solidaria del Gobierno Peronista con respecto a los insurgentes antibatistianos contrasta con las posiciones de algunos grupos supuestamente “antidictatoriales”, “antiimperialistas” y “revolucionarios”. Los comunistas prosoviéticos cubanos -Partido Socialista Popular-, por citar un solo caso, en su “Carta de la Comisión Ejecutiva Nacional del P.S.P. a todos los Organismos del Partido” (30 de agosto de 1953) condenaban el castrismo definiendo el asalto al Moncada como una tentativa “golpista, aventurerista, desesperada, característica de una pequeña burguesía sin principios y comprometida con el gangsterismo”. Recién en julio de 1958, pocos meses antes del triunfo final, los comunistas moscovitas cambiarán esa estúpida y reaccionaria posición subiéndose al carro del vencedor.

La vinculación de la primera guerrilla casuista con la Argentina peronista no será, por lo demás ni esporádica ni asunto meramente anecdótico.

y de algún dirigente suelto. El propio Carlos Franqui -militante del castrismo desde su fundación, combatiente urbano y de Sierra Maestra, secretario de organización del Comité del Exilio del Movimiento 26 de Julio y tras la victoria fidelista, director del diario oficial “Revolución”- en una de sus obras recuerda que, al menos hasta principios de la década de los 50, Fidel “simpatizaba con un peronista antiimperialista” (4).

Se trata, como veremos, de una actitud en nada “platónica” y que llegará a contactos orgánicos que analizaremos a continuación.

EL EJEMPLO REVOLUCIONARIO PERONISTA

Si bien no es nuestro objetivo analizar en profundidad la naturaleza de la Revolución Peronista en su período 1945-55, a la vez es cierto que no puede entenderse la influencia de ese Peronismo en el castrismo inicial si no ubicamos la experiencia argentina en el contexto latinoamericano de la época.

El Peronismo llega al poder y consolida su obra en el marco de un enfrentamiento total con el imperialismo yanqui y la oligarquía local a él asociada. La disyuntiva “Braden o Perón”, con la que nace el Movimiento Nacional Popular liderado por el entonces coronel Perón, marca profundamente a ese Movimiento y demuestra su verdadero carácter antiimperialista. Que ese antiimperialismo no es retórico lo demuestran algunas sencillas cifras: el capital extranjero que en 1945 era un 15,4% del capital total, en 1955 ya es sólo un 5,1%. Las salidas de capitales (ganancias imperialistas) que en el período 1940-44 suponen un promedio anual de 382 millones de dólares de 1950, en el año 1955 se reducen a 34 millones de dólares. La nacionalización de los medios de comunicación y transportes, sistema financiero, seguros y reaseguros, comercio exterior, etc., son precisamente, los instrumentos que unidos a una enérgica

política industrialista y de sustitución de importaciones, logran el abierto objetivo de la Independencia Económica como base imprescindible para el desarrollo nacional y la justicia social.

Contradiendo a los que afirman la necesidad de capitales extranjeros -yanquis principalmente- para los países “subdesarrollados” del Tercer Mundo, la Independencia Económica se caracteriza en el ejemplo peronista por garantizar un proceso de crecimiento jamás igualado en nuestro país. Cifras cuentan: entre 1946 y 1955 la producción industrial a precios constantes de 1960, pasó de 164 mil millones de pesos a 277 mil millones, con lo que el crecimiento supera en más del 12% al que se registrara en la década 1935-1945. En el mismo período también, el producto conjunto de la industria manufacturera, la construcción y los servicios energéticos, de transporte y comunicaciones, pasaron de 224'1 miles de millones a 324'5 miles de millones, lo cual significó un incremento superior en más de un 30% al que se diera en los 10 años precedentes. Eso explica el que en la Argentina peronista, al contrario que en todos los países capitalistas, se llegase en ese período al ideal generalmente inalcanzable de la plena ocupación laboral.

Independencia económica y desarrollo de la economía, por otra parte, repercuten sobre todo en el Pueblo trabajador, que accede a niveles de vida inéditos para nuestro continente. La participación del sector asalariado en el Ingreso Neto pasa de un 44,1% en 1943 a un 57,4% en 1954 (en la actualidad no es mucho mayor del 20%). Los salarios reales suben de un índice 100 en 1945 a un índice 164,7 en 1955. Y todo ello sin tener en cuenta beneficios indirectos pero no menos palpables: obras sociales, vacaciones pagadas, sueldo anual extraordinario (“aguinaldo”), colonias de vacaciones, asistencia social directa mediante la Fundación Eva Perón, construcción de nuevas escuelas y hospitales (en 1946 sólo había 15400 camas en los hospitales estatales; en 1951 existían ya 114.000); enseñanza gratuita, aprendizaje industrial, universidades nacionales obreras, vivienda barata, descenso del analfabetismo del 15 al 3,9%, etc.

ESTADO SINDICALISTA

Todo esto, a su vez, deslumbra más a numerosos revolucionarios y antiimperialistas latinoamericanos por el hecho de que el mismo Perón insiste una y mil veces en que es tan sólo “el principio” de una Revolución aún más profunda. El 1° de mayo de 1952 es así como Perón manifiesta públicamente que:

“Para el capitalismo la renta nacional es producto del capital y pertenece ineludiblemente a los capitalistas. El colectivismo cree que la renta nacional es producto del trabajo común y pertenece al Estado porque el Estado es propietario total y absoluto del capital y el trabajo. La Doctrina Peronista sostiene que la renta del país es producto del trabajo y pertenece, por lo tanto, a los trabajadores que la producen”.

Y, por si quedase alguna duda, añade:

“Los trabajadores adquirirán progresivamente la propiedad directa de los bienes capitales de producción, del comercio y de la industria, pero el proceso evolucionista será lento y paulatino”.

Se trata, como escribirá un estudioso del fenómeno peronista, de planteamientos en cierta medida emparentados con los del sindicalismo revolucionario:

“Más que el socialismo clásico, el Peronismo en gestación adoptó ideas fundamentales del anarcosindicalismo hispano-francés, el cual ya tenía una tradición no despreciable en el gremialismo argentino. Se trata aquí de dos exigencias: a) el directo protagonismo político del sindicato (no por mediación del partido) sobre todo a través de la huelga general como instrumento de acción; y b) el objetivo lejano de una administración de los medios de producción por los sindicatos mismos. Ya el Congreso Sindical de Amiens (1906) había proclamado “el sindicato actualmente nada más que un grupo de resistencia, será en el futuro el responsable de la producción y distribución, bases de la organización social” (5).

Esta similitud es palpable cuando Perón define el Estado Justicialista futuro como un “Estado Sindicalista” ya que: “Lo que viene demostrando como adelanto, diremos así, de la teoría, es que entre lo político y lo social el mundo se encuentra en un estado de transición. Nosotros estamos a caballo de esa evolución, en mi concepto. Tenemos la mitad sobre el cuerpo social y la otra mitad sobre el cuerpo político. El mundo se desplaza de lo político a lo social. Nosotros no estamos decididamente ni en un campo ni en el otro, estamos asistiendo al final de la organización política y al comienzo de la organización social... Yo no puedo abandonar el partido político para reemplazarlo por el movimiento social. Tampoco puedo reemplazar el movimiento social por el político. Los dos son indispensables. Si esa evolución continúa, nosotros continuaremos ayudando a la evolución. Cuando llegue el momento propicio le hare-

mos un entierro de primera, con seis caballos, al partido político y llegaremos a otra organización. Pero estamos en marcha hacia el estado sindicalista, no tengan la menor duda” (6).

La importancia de la organización sindical en el Estado y el Movimiento Peronista, del cual se define como “columna vertebral”; la existencia de ministros, diputados y gobernadores obreros; el rol de los sindicatos en constituciones provinciales como la del Chaco; la sindicalización (entrega de la propiedad a los sindicatos obreros) de las cervecerías Bemberg o del diario “La Prensa”, son señales claras de lo que a partir de la década de 1960 Perón empezará a definir como “socialismo nacional, humanista y cristiano”; es decir: un socialismo sindicalista autogestionario de liberación nacional y de Tercera Posición.

EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO CUBANO

Si grande es la influencia de la Revolución Peronista en toda Latinoamérica, más lo es aún en Cuba, tanto que un informe de 1956 editado por la Revolución Libertadora llega a afirmar que: “Cuba ha sido foco peronista en el Caribe” (7). Tal hecho es debido a la conjunción en la isla caribeña de dos factores: la presencia directa del prepotente imperialismo yanqui unida al carácter abiertamente contrarrevolucionario del comunismo precastrista.

Respecto a la presencia yanqui debemos recordar que Cuba es el último país latinoamericano en independizarse del dominio español y que cuando lo hace (1898) es por la presencia de las tropas yanquis, que con el pretexto de la voladura de su navío (Maine) invaden la isla y derrotan a los españoles. El carácter colonial de esa Cuba supuestamente “independiente” queda confirmado en la propia Constitución “nacional” con la inclusión en junio de 1901 de la llamada “enmienda Platt” (por el nombre del senador Orville Hitchcock Platt, de Connecticut) que afirmaba explícitamente: “Cuba consiente que los Estados Unidos puedan ejercer el derecho de intervenir en la defensa de la independencia cubana y en el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de la vida, de la propiedad y de la liberación individual”.

Frente a ese expansionismo yanqui ya denunciado por patriotas como José Martí (“He vivido dentro del monstruo y conozco sus vísceras; mi honda es la de David”), surge un nacionalismo antiimperialista cada vez más intransigente que, como cuenta el profesor Robert F. Smith, del Texas Ludieran College, en su obra *The USA and Cuba*, hace que en junio de 1922 (y no en 1959 o en 1960) un diario de La Habana aparezca con un titular sobre ocho columnas: “El odio hacia USA será la religión de los cubanos”.

Cuando para contener ese pujante antiimperialismo los EE.UU. promueven la sangrienta dictadura del presidente del Partido Liberal, Gerardo Machado (1924-1933), la oposición patriótica y popular se ve obligada a adoptar como recurso de acción la resistencia armada, el terrorismo individual, el sabotaje y la conspiración insurreccional. Es en esa experiencia de nacionalismo revolucionario armado no comunista donde puede encontrarse el origen histórico del primer castrismo.

NACIONALISMO REVOLUCIONARIO FRENTE A COMUNISMO

En setiembre de 1933 una exitosa combinación de movilización de masas, huelga general y sublevación cívico-militar, derriba a la dictadura de Machado y entrega el poder a dos representantes de ese nacionalismo revolucionario: Ramón Grau San Martín y, sobre todo, Antonio Guiteras, partidario este último de una Revolución Nacional Antiimperialista que culminase en una forma autóctona de socialismo que, de acuerdo con su programa, no era una “construcción caprichosamente imaginada, sino una deducción nacional basada en las leyes de la dinámica social” (8). Tal gobierno se ve, sin embargo, atacado no sólo por las fuerzas procapitalistas y proyanquis sino también por el comunismo vernáculo que promueve “*soviets*” armados en diversos puntos lejanos de la isla con la peregrina idea de derrocar al gobierno “burgués”.

El ultraizquierdismo “combativo” prosoviético contra un gobierno popular y antiimperialista se entiende aún menos si se conoce el hecho de que en plena insurrección, antimachadista (agosto de 1933) los dirigentes comunistas César Vilar y Vicente Álvarez “habían prometido a Machado suspender la huelga si se les otorgaba el reconocimiento oficial de la CONC” (9) (sindicatos cubanos). Presos del esquema de “clase contra clase” que por aquel entonces propugnaba la Internacional Comunista, los stalinistas caribeños consideraban que tan “burgueses” eran Machado

como los opositores así que prefirieron carnear la lucha a cambio de beneficios particulares y legalistas. Lastimosamente Fabio Grobart, fundador del PC, varias décadas después afirmaría que la orden comunista de romper la huelga no tuvo el mínimo éxito ya que “los obreros de La Habana -que fueron los únicos que se enteraron de esta actitud-, eliminaron, con su firme acción, cualquier incompreensión sobre el carácter de la huelga general, y el Partido y la CONC, rectificaron el error momentáneo, y, con los trabajadores, adoptaron la decisión unánime de no volver al trabajo mientras Machado estuviese en el poder” (10). La enmienda, no obstante, resultó peor que la copla ya que, como vimos, del economicismo de derechas frente a Machado pasaron milagrosamente al ultraizquierdismo insurreccional contra un gobierno nacional-popular en una extraña mezcla de blandura con los cipayos y dureza contra los patriotas.

LA DICTADURA DE BATISTA

Aprovechando la agresión en pinzas (desde la derecha y la izquierda) contra el gobierno Grau-Guiteras, el coronel Fulgencio Batista se apodera del poder que controla, directamente o mediante presidencias títeres, hasta, 1939. Ello obliga a la oposición, generalmente armada. Así Grau San Martín funda el Partido Revolucionario Cubano “Auténtico”, que en lo ideológico algunos autores vinculan al “varguismo, cardenismo, peronismo, aprismo, MNR (Bolivia), Acción Democrática (Venezuela), velasquismo (Ecuador) y liberacionismo (Costa Rica)” (11); Guiteras constituye la organización revolucionaria político-militar “Joven Cuba”, con características socialistas y nacionalistas. El grupo nacionalista influenciado por los fascismos europeos ABC (que ya había luchado con las armas contra Machado) sigue operando militarmente, los sectores insurreccionales del Partido “Auténtico” constituyen diversas organizaciones de combate (Unión Insurreccional Revolucionaria, Organización Auténtica, Movimiento Socialista Revolucionario) etc.).

De este bloque opositor, como era de esperar, no forma parte mucho tiempo el Partido Comunista que, a partir de 1938, y siguiendo la nueva línea “antifascista” de la Internacional Comunista, considera a Batista un posible “aliado”. El razonamiento es hasta cierto punto lógico... para cualquier agente moscovita: en la medida que para la URSS el enemigo principal era la Alemania de Hitler, los yanquis eran posibles aliados y, por consiguiente, los diferentes gobiernos proyanquis (como el de Batista) apoyables por los PC locales. En el caso cubano eso se ve patentemente en una serie de hechos:

- A fines de 1938 es legalizado por Batista el PC.
- El 25 de julio de 1940, el general Batista, apoyado aún por los comunistas, triunfa sobre el Partido “Auténtico” aprovechando que la nueva constitución democrática no debía ser aplicada hasta 1943. El triunfo batistiano-comunista se obtiene según el antiguo método de escrutinio restrictivo, que sólo permite votar a la mitad del electorado.
- El 24 de julio de 1942, Batista hizo entrar a dos ministros comunistas, Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez en su gobierno. Eran los primeros comunistas en el poder en América Latina. Rodríguez, paradójicamente, con posterioridad también jugaría un importante papel en el gobierno castrista.

Las primeras elecciones libres, en 1944, acaban con el cogobierno batistiano-comunista cuando el Dr. Grau San Martín obtiene una mayoría de votos (65%) sobre Salgarida, el candidato de Batista apoyado por los comunistas. Ello supone un evidente retroceso para los stalinistas cubanos que, privados del apoyo estatal, empiezan a ser desplazados por sindicalistas “auténticos” o simplemente antibatistianos, al mismo tiempo que los antiguos grupos insurreccionales antidictatoriales, con el apoyo ahora del gobierno, empiezan a hacerlos blancos de sus atentados no por comunistas sino por filobatistianos.

EL JOVEN FIDEL CASTRO

En 1945, año de la Revolución Peronista, Fidel Castro ingresa en la Universidad de La Habana y, mediante ella, en la vida política. Su naturaleza revolucionaria le hace aproximarse a los grupos insurreccionalistas, aún no desmovilizados, del Partido “Auténtico” que aún mantenían cierta imagen nacionalista revolucionaria. Es así como se

integra a la Unión Insurreccional Revolucionaria, de Emilio Tro, según afirman algunos autores (Yves Guilbert, Pardo Liada) aunque otros (K.S. Karol) sostienen que si se vincula a la UIR es como “independiente” y más que nada para evitar la presión del Movimiento Socialista Revolucionario, grupo también “auténtico” pero enfrentado a la UIR y bajo la conducción de Mario Salabarría.

Es Mario Salabarría, precisamente, quien en 1947 organiza un autodenominado “Ejército de Liberación de América” que, dividido en cuatro batallones (denominados respectivamente: “Antonio Culteras”, “Máximo Gómez”, “José Martí” y “Augusto César Sandino”) intenta la invasión del Santo Domingo de Trapillo para derrocar dicha dictadura y, posteriormente, hacer lo mismo con la de So-moza en Nicaragua. Fidel Castro, que junto a Carlos Franqui y otros revolucionarios forma parte de dicha expedición, es uno de los pocos que logra escapar cuando, tras tres meses de concentración en Cayo Confite, los revolucionarios son detenidos por el ejército cubano, temeroso de las reales intenciones del numeroso grupo armado. La primera acción que podríamos definir como “armada” de Fidel Castro, aunque tan sólo sea un joven recluta por aquel entonces, para algunos historiadores ya tiene que ver con el Peronismo. K.S. Karol, por ejemplo, al hablar de la expedición asegura: “Ésta ya había recibido del presidente argentino Perón un apreciable regalo: 350.000 dólares en armas de diversos tipos” (12). Aunque no creemos que ese apoyo fuese real -pues no existe ningún documento o testimonio argentino de la época que lo corrobore- la afirmación sirve para ver como se consideraba al Peronismo en la época: un movimiento revolucionario, antidictatorial y antiimperialista.

PERÓN Y FIDEL CASTRO

El primer contacto documentado entre Peronismo y castrismo se da precisamente a principios del año siguiente. El dirigente peronista Antonio Cañero recuerda que, en ese año, después de crear una Federación Nacional de Universitarios Peronistas:

“Intenté organizar un congreso, ya no nacional sino latinoamericano de estudiantes nacionalistas. Lo entrevisté a Perón, logré su consentimiento y acompañado de un dirigente cubano, Santiago Touriño Velázquez, recorrimos Santiago de Chile, Lima, Panamá y La Habana. Los referentes políticos eran obvios: Albizu Campos, Playa de la Torre, Arnulfo Arias. En marzo de 1948 llegamos a La Habana y a una de las reuniones asistió Fidel Castro. Me previnieron mis amigos cubanos, en especial Touriño, sobre la actitud radicalizada de Fidel (...) Touriño, actualmente exiliado en Miami me lo describió como una figura singular. No tuve tratos con él pero a los pocos días viajó a Bogotá y participó del bogotazo” (13).

Sobre la participación de Castro en ese congreso latinoamericano de nacionalistas y peronistas, así como sobre las reuniones previas, da también información el ya citado dirigente cubano Pardo Liada:

“A fines de marzo de 1948, llegó a La Habana el senador argentino Diego Luis Molinari, utilizando a Luis Priori, delegado obrero de la Embajada argentina, estableció contacto con los principales dirigentes universitarios cubanos, invitándoles a participar en una conferencia anticolonialista en Buenos Aires, donde reclamarían la devolución de las islas Malvinas.

El embajador peronista se entrevistó con el presidente de la FEU Enrique Olivares, y el secretario de ese organismo, el comunista Alfredo Guevara, que acababa de llegar de Moscú, repuesto de sus dolencias pulmonares. Ambos viajarían a Bogotá, aprovechando la 9ª Conferencia Americana, para hacerle propaganda al congreso anticolonialista de Buenos Aires, convocado por Perón a principios de mayo.

Enterado Castro del viaje de Ovares a Bogotá quiso unirse a la delegación. Al saber que Molinari facilitaba los pasajes, me pidió le consiguiera una entrevista con el argumento, a quien vio en el Hotel Nacional. Al encuentro con el embajador de Perón acudió Castro acompañado por Rafael del Pino y el estudiante pro-peronista Santiago Touriño. Castro hizo la mejor impresión a Molinari. Desde muy joven Castro tenía carisma de líder. Y salió de la entrevista con la promesa del senador de invitarlo a un viaje con tres escalas:

Panamá, Bogotá y finalmente, Caracas. Con pasajes pagados por Perón viajaron a Colombia Enrique Ovares, Alfredo Guevara, Fidel Castro y Rafael del Pino. Mientras, otra delegación estudiantil cubana, también respaldada por el senador peronista, con los estudiantes Touriño, Tabeada y Esquivel, visitaría varios países de Centroamérica en función del proselitismo para la Conferencia Antiimperialista de Buenos Aires” (14).

LA IDEOLOGÍA DEL JOVEN CASTRO

El Fidel que tiene estos contactos y relaciones con la Argentina peronista no es ya un “francotirador” de los grupos armados más o menos vinculados a los “Auténticos”, sino un militante encuadrado en el Partido del Pueblo Cubano “Ortodoxo”. La “ortodoxia” surge precisamente como escisión de los “Auténticos” y en oposición a la corrupción y abandono de los principios nacionalistas revolucionarios por parte de los gobiernos de Grau San Martín y Pío Socarras, y la gangsterización delictiva de sus colaterales armadas. Con consignas centrales como “independencia económica, libertad política y justicia social” (15) claramente inspiradas en las Tres Banderas Justicialistas, es lógico que la “ortodoxia” sea el lugar natural de militancia de los filoperonistas cubanos, desde Pardo Liada a Fidel Castro.

Como el nuevo golpe de Batista, en marzo de 1952, tiene por propósito explícito impedir el triunfo electoral de ese Partido “Ortodoxo”, sus militantes se ven obligados a pasar a la lucha armada. El grupo encabezado por Fidel Castro que asalta el cuartel Moncada (“Juventud del Centenario” o “Movimiento”) tiene por fin, como escribió Fidel al dirigente ortodoxo de Santiago Luis Conté Agüero: “poner el orden en manos de los ortodoxos más fervientes. Nuestro triunfo hubiera significado la subida inmediata al Poder de la ortodoxia primero, provisionalmente y después mediante unas elecciones generales”.

Esa identidad ideológica con la ortodoxia continúa aún ya fundado el Movimiento 26 de Julio. En carta de Castro al Congreso del Partido “Ortodoxo”, el 16 de agosto de 1955, éste afirma: “el Movimiento 26 de Julio no constituye una tendencia en el interior del Partido; es el aparato revolucionario del “chibasismo” enraizado en su base de la que ha surgido para luchar contra la dictadura cuando la ortodoxia ha demostrado ser impotente debido a sus mil divisiones internas (...) una ortodoxia sin dirección de latifundistas del tipo Fico Fernández Casas; sin azucareros del estilo Gerardo Velázquez; sin especuladores bursátiles, sin magnates de la industria y el comercio, sin los abogados de las grandes fortunas, sin potentados provinciales, sin politicastros...” (16). Recién el 19 de marzo de 1956 el M-26 rompe formalmente con el Partido Ortodoxo aunque en plena lucha insurreccional y hasta poco antes de llegar al poder los militantes y dirigentes de la Ortodoxia: “como grupo se habían convertido prácticamente en un satélite de la causa castrista, siguiendo sus directivas casi al pie de la letra. Parecían convencidos de que el Movimiento 26 de Julio era una rama de su propio partido, y algunos consideraban a Castro como un intrépido redentor que ejecutaba un acto heroico para el cual a ellos les faltaba coraje” (17). “Nuestra Razón”, Manifiesto-Programa del Movimiento 26 de Julio fechado en noviembre de 1956, levanta consignas en gran medida identificables a las de la Ortodoxia (y al Peronismo) como la lucha por la “soberanía política, independencia económica y cultura diferenciada” dentro de un “pensamiento democrático, nacionalista y de justicia social”.

PERONISMO Y MOVIMIENTO OBRERO CUBANO

La influencia del Peronismo histórico no sólo se nota en las organizaciones políticas del nacionalismo revolucionario pre-castrista. Dadas las características nacional-proletarias y sindicalistas de la Argentina Peronista es más lógico que su influjo mayor se produce en el Movimiento Obrero Latinoamericano. Cuba no sería una excepción y es su Movimiento Obrero la mejor prueba de la convergencia entre el tercerismo revolucionario properonista y el nacionalismo revolucionario no marxista del castrismo inicial.

El 20 de noviembre de 1952, en la ciudad de México, representantes de organizaciones obreras de nuestro Continente pertenecientes a 19 países, convocados por la CGT argentina deciden constituir la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS). Se trata de una central obrera continental y antiimperialista opuesta tanto al pseudosindicalismo amarillo de la proyanqui ORIT, como al regimentado sindicalismo filosoviético de la CTAL.

En la constitución de ATLAS tiene un papel destacable el dirigente sindical cubano del transporte Fernando Pérez Vidal. Este militante, exiliado por la dictadura batistiana y futuro dirigente sindical castrista, ocupa desde la fundación de ATLAS la Secretaría de Relaciones Exteriores, aunque en 1953 llegaría a ser designado transitoriamente como Secretario General de dicho organismo continental peronista.

Que la vinculación entre el Movimiento Obrero Peronista Argentino y el Movimiento Obrero Castrista cubano no es circunstancial y efímero lo prueba la larga correspondencia entre esos dirigentes obreros castristas, ya llegados al

poder, y el aún Secretario General de ATLAS, el argentino (y peronista) Juan Garone. Así, el 16 de febrero de 1960 Pérez Vidal solicita a aquel el envío “...del carné como delegado de ATLAS en el Caribe o solo en Cuba” recalcando que: “Hoy, gracias a la Revolución Libertadora que rige los destinos de la nación y que encabeza ese invencible líder y gran estadista Fidel Castro Ruz, nuestra pequeña patria, pero digna, tiene un puesto destacado en las naciones libres del mundo. Exactamente lo que logró vuestra gran patria bajo las banderas gloriosas del Justicialismo que hizo posible Independencia Económica, Justicia Social y Soberanía Política...” Y añade, por si quedase alguna duda: “Cambia nada más que la forma, o sea, no decir ATLAS o Justicialismo es un problema complejo de dirigentes poco maduros y con muy escaso nivel político que ven fantasmas donde sólo brilla el sol más claro y mejor”.

En idéntico sentido se manifiesta el también dirigente obrero cubano José Gayoso en carta al mismo Garone: “En cuanto a los fines que el gobierno cubano persigue son puramente nacionalistas (...) En cuanto a ATLAS creo que sería conveniente que ustedes se dirigieran al compañero David Salvador, Secretario General de la CTC para llegar a un fin práctico en la reorganización en ésta de ATLAS (...) con hombres que sienten los ideales del Justicialismo” (18).

Para una mejor comprensión de lo anterior aclaramos que el citado David Salvador era un exdirigente comunista que en 1947 había roto con los prosoviéticos locales para acabar integrándose en el castrismo, del cual dirige durante la Revolución su brazo sindical: Sección Obrera del M-26 de Julio, posteriormente conocida por “Frente Obrero Nacional Unido” (FONU) tras la absorción de la Sección Funcional de Trabajadores de la Ortodoxia Histórica y la Sección Obrera del Directorio Revolucionario. Salvador dirige numerosas huelgas durante la resistencia antibatistiana, generalmente combinadas con acciones armadas. Tras la llegada al poder del castrismo el Primer Congreso Nacional de la CTC (ya convertida en central obrera única) la lista de David Salvador y el M-26 obtiene el 90% de los votos frente a sólo un 5% de los “Auténticos” y otro 5% de los comunistas. La presión del propio Fidel para una lista de unidad castrista-comunista es rechazada, no por un anticomunismo de derechas sino porque, como reconoce un marxista estudioso de la Revolución Cubana durante la Revolución: “El PSP (prosoviético) no veía con buenos ojos al Frente Obrero Nacional, fundado por los castristas y dirigido por David Salvador, antiguo comunista; el PSP desconfiaba simultáneamente de las tendencias anticomunistas de una cierta propaganda del M-26 y de sus exaltaciones izquierdistas de la lucha armada. (...) No se encuentra ni una sola huella de la participación de los comunistas en esa decisiva batalla del frente urbano” que fue la huelga general del 9 de abril de 1958, dirigida por el FONU.

SÍNTESIS

¿Cómo una Revolución Nacionalista y Tercerista, emparentada directamente con el Peronismo histórico, pudo acabar convirtiéndose en un sistema marxista-leninista de partido único? De hecho la Revolución castrista, hasta el 2 de diciembre de 1961, no se define como comunista sino como tercerista. Los matasellos cubanos dirigidos a USA dicen: “Nuestra Revolución no es capitalista ni comunista, sino humanista”. El propio Fidel en el diario “Revolución” del 17 de marzo de 1959 afirma: “Frente a ideologías que se disputan la hegemonía, surge la Revolución Cubana, con ideas nuevas y acontecimientos nuevos. No van a confundir al Pueblo llamándonos comunistas”. También algo después el propio Che Guevara afirmaría en carta a “Bohemia”, publicada el 14 de junio de 1959: “si fuera comunista no dudaría en pregonararlo a voces”.

Esa Revolución Nacional, sin embargo, se ve cercada por los yanquis obligando al gobierno cubano a radicalizar cada vez más sus posiciones. Cuando la Revolución Cubana, por ejemplo, decide importar petróleo ruso y las tres refinerías yanquis en Cuba se niegan a procesarlo. Fidel nacionaliza esas propiedades yanquis. Los yanquis contestan suspendiendo la cuota de azúcar. Castro contraataca rompiendo relaciones con los yanquis y obteniendo un primer crédito soviético. Los yanquis auspician el desembarco en Bahía Cochinos (abril de 1961), Castro se proclama “marxista-leninista”. Se trata de una radicalización en gran medida forzada por los yanquis como reconoce el Che en una entrevista a L. Bergquist, “Look”, noviembre, 1960: “Excepción hecha de nuestra reforma agraria, que el pueblo deseaba y había iniciado espontáneamente, todos los procedimientos radicales que hemos adoptado han sido una respuesta directa a los actos de agresión por parte de los potentes monopolios de los que vuestro país es el máximo exponente. Para saber hasta donde llegará Cuba, es necesario preguntarle al gobierno de los EE.UU. hasta donde él quiere llegar”.

La estrategia de apoyarse en los rusos para combatir a los yanquis no es aceptada, de todos modos, por la totalidad del viejo castrismo. Franqui distingue en ese sentido al menos cuatro corrientes internas: los proyanquis que se

conformaban con una “democratización” antibatistiana, los nacionalistas democráticos, la corriente obrera revolucionaria socialista pero no prosoviética (fundamentalmente los sindicatos casuistas) y, finalmente, una corriente “pequeñoburguesa autoritaria” aliada a los comunistas y que es la que terminó triunfando (19). Los simpatizantes del peronismo en Cuba, nacionalistas democráticos o socialistas nacionales, acabaron exiliados (Pardo Liada, muchos ortodoxos) o presos (Salvador David, numerosos dirigentes sindicales) y el dilema parece ser, hasta hace poco, “democracia” proyanqui o prosovietismo casuista.

El definitivo tránsito de la ex URSS al bloque imperialista occidental; su abandono de Cuba, ahora aislada y contando sólo con una eventual ayuda de los Pueblos latinoamericanos, replantea la cuestión y obliga al castrismo a basarse en sus propias fuerzas, en un nacionalismo tan lejano de yanquis como de soviéticos. ¿Podrá volver el castrismo a un tercerismo revolucionario como el de su etapa inicial? La Historia, en tanto y cuanto creación libre de los Pueblos lo dirá y, de ser así, Cuba será una trinchera más en el nuevo combate emancipador de los Pueblos de América Latina, con banderas nacionales y sociales, tan anticapitalistas como antimarxistas.

NOTAS

- (1) Revista *Patria Obrera*, 15-VI-1990.
- (2) *Fidel y el Che*, José Pardo Liada, Plaza & Janes, Madrid, 1988, pág. 105.
- (3) Pardo Liada publicó diversos textos para ATLAS en 1953.
- (4) Carlos Franqui, *Retrato de Familia con Fidel*, Seix Barral. Barcelona, 1981, pág. 314.
- (5) Cristian Buchmcker, *Nacionalismo y Peronismo*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1987, pág. 318.
- (6) *Discurso a la Confederación Argentina de Intelectuales*, publicado en “Hechos e Ideas”, agosto de 1950.
- (7) *Libro Negro de la Segunda Tiranía*, 1958, pág. 233.
- (8) Germán Sánchez Otero, en *Los partidos políticos burgueses en Cuba neocolonial 1899-1952*, Editorial de Ciencias Sociales, 1985, pág. 203.
- (9) Francisco López Segrera, *ibid.*, pág. 112.
- (10) Fabio Grobart, “El Movimiento Obrero cubano de 1925 a 1932”, en *Revista de la Universidad de Oriente*, Cuba, 5, 1971, pág. 59.
- (11) Germán Sánchez Otero, op. cit., pág. 148.
- (12) K.S. Karol, *Los guerrilleros en el Poder*, Seix Barral, Barcelona, 1972, pág. 139.
- (13) Antonio Cañero, *Desde que grité ¡Viva Perón!,* *pequé*, Buenos Aires, 1983, pág. 40.
- (14) Pardo Liada, op. cit., págs. 44-45.
- (15) *Los partidos políticos burgueses...*, pág. 258.
- (16) Eduardo “Eddy” Chibas era el fundador del Partido Ortodoxo.
- (17) Mario Llenora, *La revolución insospechada: origen y desarrollo del castrismo*, EU-DEBA, Buenos Aires, 1981, págs. 118-119.
- (18) Para toda la correspondencia con ATLAS, ver *CGT y ATLAS*, Manuel Urriza, Ed. Legasa, Buenos Aires, 1988.
- (19) Carlos Franqui, op. cit.

